

RESURRECCIÓN – APARICIÓN A MARÍA SANTÍSIMA

Cuaresma 2021 – (DÍA 47)

Meditaciones de San Alfonso María de Ligorio

Material extra (optativo)

†

QUIEN AMA A JESUCRISTO TODO LO ESPERA DE ÉL¹

La esperanza hace crecer la caridad y ésta hace aumentar la esperanza. Esperar en la bondad divina, ciertamente acrecienta el amor a Jesucristo, y es sentencia de Santo Tomás que, desde el punto en que esperamos algún bien de otro, comenzamos ya a amarlo. Por esto no quiere el Salvador que pongamos nuestra confianza en las criaturas: No pongáis la esperanza en los príncipes; y hasta maldecir a quien confía en las criaturas: Maldito el hombre que confía en el hombre. No quiere Dios que confiemos en las criaturas, porque no quiere que pongamos en ellas nuestro amor.

San Vicente de Paúl decía: «Estemos sobre aviso para no fundarnos sobre la protección de los hombres, porque cuando el Señor ve que nos apoyamos en ella se aparta de nosotros. Por el contrario, cuanto más confiemos en Dios, tanto más adelantaremos en su amor.»

De tus mandatos correré en la senda al ensancharme tú el corazón. Y ¡cuán veloz corre por los caminos de la perfección quien tiene el corazón dilatado por la confianza en Dios! No sólo corre, sino que vuela, porque, teniendo puesta toda su confianza en el Señor, dejará de ser débil como antes y llegará a ser fuerte, con la fortaleza que Dios comunica a quienes en Él confían.

Los que esperan en Yahveh renuevan las fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren y no se fatigan, andan y no se cansan. El águila, cuanto más alto vuela, más se aproxima al sol; e igual el alma, que cuanto más se apoya en la confianza en Dios, más se desprende de la tierra y más se une a Él por el amor.

Ahora bien, así como la esperanza contribuye a aumentar el amor a Dios, también recíprocamente éste aumenta la esperanza, porque la caridad nos torna hijos adoptivos de Dios. En el orden de la naturaleza somos hechura de sus manos, y en el orden sobrenatural venimos a ser, por los méritos de Jesucristo, hijos adoptivos de Dios y participantes de la naturaleza divina, como se expresa San Pedro: Para que... os hagáis participantes de la divina naturaleza. Y si la caridad nos hace hijos de Dios, nos hace también herederos del paraíso, como habla San Pablo: Y si hijos, también herederos; pues es propio que los hijos habiten la casa del padre, que los herederos perciban la herencia, razón por la cual la caridad aumenta la esperanza del paraíso. De aquí que las almas amantes no cesen de repetir: Venga, venga el tu reino.

¹ ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de amor a Jesucristo*, Cap. 9.

Por otra parte, Dios ama a quien le ama, y colma de gracias a quien con amor le busca. Por lo que, en consecuencia, quien más ama a Dios, más espera en su bondad. Y de esta esperanza nace en los santos aquella inalterable tranquilidad que les conserva en perpetua alegría y paz aun en medio de las adversidades; porque, amando a Jesucristo y sabiendo cuán largo es y liberal de sus dones con los que le aman, confían en Él y sólo en Él hallan reposo. Por esta razón precisamente la esposa de los Cantares rebotaba en delicias, porque, al no amar más que a su amado, sólo en Él descansaba; y sabiendo lo agradecido que es con quien le ama, no cabía en sí de gozo, por lo que de ella se escribió: ¿Quién es esa que sube del desierto apoyada en su amado? Razón tenía el Sabio al decir: Viniéronme los bienes a una todos con ella, porque con la caridad vienen al alma toda suerte de bienes.

El objeto primario de la esperanza cristiana es la posesión de Dios en el cielo. Y no creamos que la posesión de Dios en el paraíso sea obstáculo a la caridad, porque la esperanza del paraíso está unida inseparablemente a la caridad, la cual en el cielo llega a su cabal perfeccionamiento. La caridad es aquel tesoro infinito que, como dice el Sabio, nos hace amigos de Dios. El angélico Santo Tomás escribe que la amistad tiene por fundamento la comunicación de bienes, porque, no siendo la amistad más que un amor recíproco entre los amigos, es necesario que entre ellos se establezca la comunicación de bienes, como a cada uno le conviene. Por eso decía el Santo: Si no hay comunicación alguna, tampoco habrá amistad; y por eso también dijo Jesús a sus discípulos: A vosotros os he llamado amigos, pues todas las cosas que de mi Padre oí os las di a conocer. Porque había hecho a los apóstoles amigos suyos, por eso les había comunicado todos sus secretos.

Dice San Francisco de Sales: «Suponiendo, por un imposible, que hubiese una bondad infinita, es decir, un Dios del cual no tuviésemos dependencia alguna ni con el cual pudiéramos tener unión ni comunicación de ningún género, ciertamente que la habíamos de tener en mayor aprecio y estima que a nosotros mismos y nos inclinaría a amarle; pero en hecho de verdad no le amaríamos, porque el amor pide unión; la caridad, en efecto, es amistad, y la amistad tiene por fundamento la comunicación y por fin la unión.»

Por tanto, enseña Santo Tomás que la caridad no excluye el deseo de alcanzar las mercedes que Dios en el cielo nos tiene preparadas, sino que las hace considerar como el objeto principal de nuestro amor, que es el mismo Dios, que se deja ver y gozar de sus escogidos; porque es propio de la amistad que el amigo disfrute con el bien de su amigo.

Esta es aquella mutua comunicación de dones de la que habla la esposa de los Cantares: Mi amado es mío y suya yo. El alma se da del todo a Dios en el cielo, y Dios se da del todo al alma, en cuanto ella es capaz y conforme a la medida de sus merecimientos.

Mas, conociendo el alma su pura nada, comparada con la infinita amabilidad de Dios, y viendo, por consiguiente, que merece infinitamente más ser amado de ella que ella merece serlo de Dios, desea más lo que Dios quiere que su satisfacción propia, y por eso más se goza en darse toda a Dios para complacerle que en darse Dios todo a ella; y en tanto se complace en que Dios se dé todo a ella, en cuanto que, inflamada

con esa comunicación, se da toda a Dios con más intenso amor. Goza ya de la gloria que Dios le comunica, pero su disfrute está en devolverlo todo a Dios, contribuyendo así, en cuanto en su mano está, a aumentarle su gloria.

Viendo el alma a Dios en el cielo, no puede menos de amarlo con todas sus fuerzas. Dios, por su parte, no puede aborrecer a quien le ama; y si, por un imposible, pudiera Él aborrecer al alma que le ama, y el alma bienaventurada pudiera vivir en el cielo sin amar a Dios, más presto se contentaría con padecer todas las penas del infierno, con tal de que le fuera dada licencia de amarlo, aun odiándola Él, que con vivir sin amarle aun disfrutando todas las delicias del paraíso. Sí, porque, teniendo el alma cabal conocimiento de que Dios merece ser amado infinitamente más que ella, desea mucho más amar a Dios que ser amada de Él. La caridad todo lo espera. La esperanza cristiana, como la define Santo Tomás con el Maestro de las Sentencias, «es una expectación cierta de la eterna bienaventuranza».

La certidumbre nace de la infalible promesa de Dios de otorgar la vida eterna a sus fieles servidores. Pues bien, la caridad, así como quita el pecado, quita también los estorbos que impiden la consecución de la bienaventuranza eterna; y de ahí que cuanto más encendida sea la caridad, más firme y segura torne a nuestra esperanza, la cual, por el contrario, no puede ser obstáculo a la pureza del amor, puesto que el amor, como enseña San Dionisio Areopagita, por su naturaleza tiende a la unión con el objeto amado, o, como dice San Agustín, «es a manera de cadena de oro que une entre sí a los amantes». Y como quiera que esta unión no puede realizarse a distancia, por eso, el que ama desea estar siempre junto al amado. Alejada la sagrada esposa de su amado, desfallecía y conjuraba a sus compañeras que le diesen a entender su pena, para que con su presencia fuese a consolarla: Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si halláis a mi amado, ¿qué le habéis de anunciar? Que estoy enferma de amor. El alma que ama mucho a Jesucristo no puede vivir en la tierra sin desear y esperar ir pronto al cielo a unirse con su amado Señor.

De ahí que el desear ir a ver a Dios en el cielo, no tanto por el gozo que experimentaremos amándole, cuanto por el contento que amándole le daremos, sea un acto puro y perfecto de amor. Ni el gozo que experimentan los bienaventurados amando a Dios en el cielo es contrario a la pureza de su amor, porque tal gozo es inseparable de la caridad; y también más se complacen los santos del cielo en el amor que profesan a Dios que en el placer que experimentan amándole. Dirá tal vez alguno: «Desear mercedes es amor de concupiscencia y no de amistad.» Pero distingamos las mercedes temporales que prometen los hombres y las celestiales que tiene Dios prometidas a quienes le aman. En las que dan los hombres, distínguense la persona de la cosa que da, porque, cuando un hombre da a otro una recompensa, no se da a sí, sino solamente sus bienes, en tanto que la principal merced que da Dios a los elegidos es a sí mismo: Tu soldada será sobremanera grande. Por donde desear el paraíso es igual que desear a Dios, que es nuestro último fin.

Quiero presentar aquí una duda que puede fácilmente asaltar al alma que ama a Dios y que en todo desea conformarse con su santa voluntad. Si por maravilla tuviera revelación de su condenación eterna, ¿estaría obligada a aceptarla para conformarse en un todo con la voluntad de Dios? «No –responde Santo Tomás–, pues

consintiendo en ello cometería pecado, porque sería lo mismo que consentir vivir en un estado al cual va unido inseparablemente el pecado, y esto es opuesto al último fin que Dios le señaló, puesto que no crió almas para el infierno, donde le odian, sino para el cielo, donde le aman; de ahí que no quiera Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve.»